

# LLAMADME ISMAIL

Miguel García López

© 2021, Miguel García López  
© Diseño Cubierta: Jaime Romero  
© Extravertida Editorial  
© Colección Naginata

.....  
Maquetación y ebook: Jaime Romero  
.....

ISBN: 9788412119701  
Depósito legal: SE 80-2021  
1ª Edición: febrero 2021

**extra**  
**vertida**  
editorial

Editado en Sevilla.  
Impreso por Podiprint. Antequera. Málaga.  
Impreso en España – Printed in Spain.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

# PRÓLOGO

*No sé qué decir. He oído muchas historias de refugiados, pero ésta me conmueve especialmente. Muchos llegan a Europa y consiguen asilo y traer a sus familias, sí, pero otros muchos nunca lo consiguen. De estos últimos poco se sabe. Algunos se quedan en el camino, otros son deportados, otros regresan y otros mueren. Europa se encarga de levantar muros cada vez más altos. Realmente algo está jodido aquí, algo huele a podrido en Europa...*

Para la presentación de esta novela sirva este breve párrafo de uno de sus personajes. Tras su lectura apasionante brota enseguida un espontáneo interrogante: ¿Se trata de una novela, o de una historia real vivida y narrada por su protagonista?... La respuesta queda en manos de quien tenga la suerte y el gusto de leerla.

El Patronato de Sevilla Acoge, Fundación nacida en el año 1985 para la acción integral con personas migrantes y refugiadas, reconoce la oportunidad y necesidad de «Llamadme Ismail», en la certeza de que esta ¿novela? contribuirá a un mayor y mejor conocimiento de la situación de las personas que huyen de trágicas e inhumanas situaciones de todo tipo. Conocimiento que debería impulsar más decididamente a los poderes políticos a implementar mejores garantías jurídicas de Asilo y Refugio, así como a una cordial solidaridad ciudadana y una efectiva acogida social por parte de los habitantes de países receptores hacia las víctimas del inmenso drama cada vez mayor en el mundo de los millones de «fugitivos» a quienes se les denomina «refugiados».

Tal vez las migraciones sean el último proceso revolucionario al que estamos asistiendo en primera fila: cientos de miles de seres humanos, desde el silencio, pidiendo justicia, dignidad, libertad,

fraternidad. Mientras tanto, el llamado «Primer Mundo» no está para revoluciones y ha abordado este forzoso y masivo éxodo proclamando leyes injustas y estableciendo más controles, más muros, más concertinas, más fronteras visibles e invisibles, para «librarse» de esa gente que no necesita. Mientras que ellos, los más pobres entre los pobres, piden y exigen ser «ciudadanos del mundo» por el hecho de haber nacido. Y lo seguirán exigiendo.

«En una sociedad decente, todos los que viven entre nosotros de forma estable tienen que tener los mismos derechos que nosotros, porque la alternativa es reinventar la esclavitud. Y probablemente, por duro que suene a nuestros oídos, es lo que hemos hecho. Desde el punto de vista del tratamiento de los derechos, el principio contrario a la xenofobia es el de igual reconocimiento de todos los otros. Esto nos exige una respuesta muy sencilla, aunque sea costosa de tomar en serio, que es la igualdad de trato, la igual libertad para los otros. Su reconocimiento y garantía debe ser una prioridad en la lucha por los derechos». (Javier de Lucas)

Migrantes y refugiados tan solo quieren buscarse la vida, es decir, lo que les niega su tierra de nacimiento: una parcela de subsistencia y el derecho a resistir. Además, ser migrante o refugiado significa buscar la tierra de la esperanza, la prometida, la que debe acabar con todos los males personales y familiares. El mal es la hambruna o las violencias de todo tipo, pero también la falta de porvenir, las puertas cerradas por los poderosos y la vida machacada por la imposición de las armas, como sucede en tantas ocasiones. Fugitivos que ansían con fuerza llegar al país que se han marcado como objetivo. El camino es muy largo, demasiado. Faltan las fuerzas, pero es la esperanza de tocar la tierra de sus sueños la que los mantiene en pie. Aquí la esperanza está en el camino. O, mejor dicho, es el camino. Lo demás apenas importa.

Todo decae, hasta el cuerpo, cuando en la meta imaginada no solo esperan voluntarios solidarios dispuestos a ayudarles, sino

gente uniformada que con su mirada, sus papeles, o sus armas les dicen: «Lo sentimos, pero es la ley». Mas los fugitivos no se rendirán. Muchos caen y otros muchos se hunden en el intento; pero los demás siguen expectantes, aunque irán comprobando que su sueño era más hermoso que la realidad. No obstante, se agarran a él, se aferran a las últimas gotas del aire de la utopía para salir adelante frente a una burocracia absurda, o frente al miedo que arma muchos de los discursos políticos en media Europa y medio mundo.

Sin embargo, tal vez el más duro enemigo de quien emigra o huye de los peligros no sea la xenofobia, sino la nostalgia. Se trata del llamado «Síndrome de Ulises». Y es que en los sitios donde no se los acepta fácilmente terminarán añorando el lugar del que vinieron, aunque, claro está, ese lugar tampoco los aceptara en su día.

Su mejor aliada es la esperanza, esa virtud transformadora, que hoy parece más revolucionaria que nunca, quizá porque su anverso nos conduce al inmovilismo y al retroceso. No es una esperanza que ignore la realidad o que se pierda entre las nubes. Es una esperanza que vive en la calle y en el corazón de quienes inician el camino de retorno al encuentro de su propia dignidad. Es el camino de la humanización personal y colectiva. Como escribió Julio Cortázar: «Probablemente de todos nuestros sentimientos, el único que no es verdaderamente nuestro es la esperanza. La esperanza pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose».

José Chamizo de la Rubia

Promoción

*A mis hijos.*

*Calipso: ¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Así, pues, ¿deseas irte en seguida a tu casa y a tu patria tierra? Sé, esto no obstante, dichoso. Pero si tu inteligencia conociese los males que habrás de padecer fatalmente antes de llegar a tu patria, te quedaras conmigo, custodiando esta morada, y fueras inmortal, aunque estés deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces soledad todos los días. Yo me jacto de no serle inferior ni en el cuerpo ni en el natural, que no pueden las mortales competir con las diosas ni por su cuerpo ni por su belleza.*

*Respondióle el ingenioso Odiseo:*

*Odiseo: ¡No te enojos conmigo, venerada deidad! Conozco muy bien que la prudente Penélope te es inferior en belleza y en estatura, siendo ella mortal y tú inmortal y exenta de la vejez. Esto no obstante, deseo y anhelo continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta. Y si alguno de los dioses quisiera aniquilarme en el vinoso ponto, lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho y tan paciente es para los dolores, pues he padecido muy mucho en el mar como en la guerra, y venga este mal tras de los otros.*

*Odisea, Canto V (Homero)*

*En este mundo, el pecado que paga sus derechos puede caminar libremente, sin necesidad de pasaporte, mientras que la virtud, si es indigente, es detenida en todas las fronteras.*

*Moby Dick (Herman Melville)*

*El Edén se halla detrás de un cinturón de horror, y un cinturón de horror rodea el Edén... El miedo se halla muy próximo a la dicha. Los griegos situaban sus lugares imaginados llenos de dicha en la proximidad de lugares colmados de horror. A la vera de praderas aromáticas acecha toda especie de monstruos; en torno a las islas de los Feacios y de los Bienaventurados se extiende un mar lleno de peligros.*

*El Principio Esperanza (Ernst Bloch)*

# I. HAMZA

*Sevilla, mayo de 2016*

«Llamadme Ismail», así nos pidió que nos dirigiéramos a él, tras su ponencia en las jornadas sobre arte islámico «Las Mezquitas del Mediterráneo» a las que acudí en el verano de 1992, en el entorno de la Exposición Universal que se celebró en Sevilla aquel año. Su ponencia trataba sobre los mosaicos de la Mezquita de los Omeyyas de Damasco. Nos presentaron en un descanso para tomar un té, en el que me reuní con un grupo en el que había varios participantes de países árabes y europeos. Él era el único sirio, una persona muy ingeniosa y con un gran sentido del humor y apasionado por el arte, la historia, la literatura, el cine y los idiomas. Congeniamos desde el primer momento, porque aparte de nuestra fascinación por los mosaicos, ambos coincidíamos en gustos literarios. Nos encantaban los libros de aventuras y *Moby Dick* era uno de nuestros libros de cabecera. De ahí su carta de presentación, con la que bromeaba siempre, simulando a la vez que lanzaba un arpón a una ballena invisible.

–Háblame de él, Germán –me pide María–. Necesito entender cómo es posible que haya llegado a la situación en la que se encuentra. Según me has dicho, ha estado atrapado en el campo de refugiados de Moria, en la isla griega de Lesbos. Estará destrozado física y moralmente.

–Sí, es difícil de creer, pero allí le ha llevado la vida. Seguí manteniendo contacto con él durante unos años, tras aquellas jornadas en Sevilla. Nos comunicábamos en inglés, aunque también tenía muy buen nivel de español. Era profesor de Historia y Arte en la Universidad de Homs, su ciudad natal. Le interesaba



mucho nuestra historia y nuestra cultura, nuestro pasado árabe, la época de Al-Ándalus. En aquella ocasión también visitamos Córdoba y tenía la ilusión de volver algún día a España para visitar Medina Azahara, la Alhambra de Granada o el Museo del Prado, sobre todo la sala de las pinturas negras de Goya, su pintor español favorito. Pero al cabo de unos años perdimos el contacto. Hasta hace un mes no había vuelto a saber de él. Ahí está, deportado de Grecia a Turquía y de vuelta a Siria.

—Es increíble que Europa permita todo esto. No puedo evitar hacerme una pregunta parecida a la que se hace mi colega Santiago Zavalita en la novela de Vargas Llosa: ¿en qué momento se jodió Europa? ¿Cómo hemos llegado a este nivel de indignidad? Campos de refugiados que se convierten en campos de concentración, deportaciones forzosas... Curiosamente, Frontex, la Guardia Europea de Fronteras y Costas, ha llamado a su nueva estrategia en el Mediterráneo Oriental Operación Poseidón, el dios que se obstinaba en mantener errante a Odiseo por el ponto. Esos son los nuevos dioses que rigen el destino de los seres humanos, con sus intereses económicos, sus tratados y sus pactos. Es el mundo al revés: hace unos años, Turquía era un mal lugar para los derechos humanos; ahora, repentinamente, es el socio perfecto, nuestro gendarme de frontera.

—Desde allí me llamó Ismail hace un mes, desde Izmir, la antigua Esmirna, la ciudad turca, en el extremo occidental de Anatolia, frente a las islas griegas. Allí ha encontrado una asociación que lo ha acogido, que le ha proporcionado un móvil y la forma de poder volver a su país. Gracias a ello ha podido dar conmigo.

Permitid que me presente: llamadme Germán, soy profesor de la Universidad de Sevilla y la pieza que el azar ha colocado en el momento y lugar apropiados para hacerme testigo directo de esta historia. María es una amiga periodista cordobesa especialmen-

te comprometida con la crisis de los refugiados que ha venido expresamente a Sevilla a que le cuente lo que sé de Ismail, uno de los primeros refugiados que ha sido deportado siguiendo el acuerdo que acaba de firmar la Unión Europea con Turquía. Nos hemos citado en la plaza del Salvador. El calor ya empieza a sofocar, estamos en mayo, el blanco del azahar ha empezado a ceder el paso al morado de las jacarandas y una luz radiante da vida a todos los colores.

–Hablé con Hamza, su hijo, dos meses antes de hablar con Ismail. Él contactó conmigo antes de que lo hiciera su padre –le sigo contando a María–. Ya tiene diecinueve años, nació unos años después de la estancia de Ismail en Sevilla. Cuando Ismail tuvo que salir de Siria, hace casi cuatro años, Hamza era aún un crío, no era consciente de muchas cosas. Se ha hecho un hombre a la fuerza, más rápidamente de lo que debería. Su madre y él se fueron de Homs poco después de la partida de Ismail, tras las matanzas ocurridas allí que obligaron a muchas familias a desplazarse hacia el norte.

–¿Cómo llegó Hamza a comunicarse contigo?

–Algo le empujó hace unos meses a emprender activamente la búsqueda de su padre. Quizás simplemente se hizo mayor y se vio con la fuerza para luchar por ello. O quizás la guerra era cada vez más asfixiante, y Hamza era consciente de que el estado de salud y de ánimo de su madre era cada vez más débil. Necesitaba encontrar a su padre antes de que su madre se diera por vencida. Todo esto puso a Hamza en marcha. Recordó que su padre le había dicho que llevaba los números de teléfono de varios profesores europeos que había conocido durante su estancia en Sevilla, por si alguno podía ayudarle una vez en Europa. Empezó a rastrear en los teléfonos de la fundación organizadora hasta que dio con una persona que había organizado el evento y guardaba la lista de ponentes y participantes.

–¿Y fue llamando a todos uno por uno?

–No, sólo a los europeos, empezando por los de los países del sur de Europa. Por lo visto, antes de localizarme a mí, había hablado con un italiano y un francés. Hamza habla inglés muy bien, sus padres se han encargado de ello. Todo empezó cuando hace algo más de dos meses recibí una llamada de una voz adolescente que hablaba inglés con acento árabe.

–Soy Hamza, hijo de Ismail. ¿Es usted Germán? –se presentó.

–No tenía ni idea de quién era. Al momento me situó, me habló del congreso de Sevilla, de cómo había conseguido mi teléfono, e inmediatamente supe de quién me hablaba.

–¿Sabe usted algo de mi padre? Mi madre y yo no sabemos nada de él desde hace un tiempo. Quizás usted tenga noticias suyas.

–Ismail... Claro que lo recuerdo..., pero dejé de saber de él hace muchos años. ¿Por qué crees que podría saber algo? ¿Qué le ocurre? ¿Cómo puedo ayudarte?

–Recordé que Ismail vivía en Homs, uno de los lugares de Siria más castigados por la guerra. No tenía excusas, debería haberme interesado por su situación –le confieso a María-. De pronto, traje a la memoria de golpe todos los recuerdos que tenía de él. Precisamente dejamos de tener contacto al poco tiempo de haber tenido a Hamza. Sentí una punzada de dolor, una mezcla de nostalgia y vergüenza, por haber olvidado a Ismail y no haber caído en la cuenta de que la guerra de Siria podría haber derrumbado su vida. Pero nos metemos en nuestras burbujas, las acorazamos contra el sufrimiento a base de indiferencia y conseguimos que así pasen los días sin que queramos saber, porque saber trae complicaciones. Alguna vez recordé a Ismail viendo las noticias, pero no pasó de ser un recuerdo que terminó con el siguiente titular. Ahora, de pronto, tenía a su hijo al otro lado del teléfono pidiéndome auxilio.

–Imagino la desesperación de su hijo, buscando a alguien que le diera alguna información, sin saber siquiera si su padre estaba vivo o muerto.

–Hamza tenía la esperanza puesta en esa lista. Quería saber si yo tenía noticias de su padre. Estaba convencido de que, en su intento de llegar a Europa, su padre habría conseguido contactar con alguno de los otros profesores que conoció en Sevilla. Pero yo fui simplemente el siguiente en la lista que no tenía ni idea de la situación de Ismail. Me pidió que si llegaba a saber algo de él le llamara y me dio su teléfono de contacto. Hamza estuvo a punto de colgar para pasar a llamar al siguiente de la lista, pero se me partió el corazón al saber de ellos y le pedí que me contara algo más de su situación por si podía ayudarles de alguna otra manera. Entonces empezó a desahogarse y a contarme toda su historia.

–Mi padre tuvo que salir de Siria hace más de tres años, tuvo problemas con la policía y el ejército. Estuvo detenido y consiguió escapar. Marchó a Egipto y desde allí quería llegar a algún país europeo. Llevaba los contactos de varios profesores europeos, el suyo uno de ellos. Le perdimos el rastro, volvimos a saber de él en Turquía cuando intentaba cruzar a Grecia. Por favor, si llega a saber algo de él, llámeme. Voy a seguir llamando a otros profesores de la lista. Muchas gracias –me contestó apurado–.

–No cuelgues, Hamza, por favor –le imploré–. Espera, cuéntame algo más. Llegué a ser buen amigo de tu padre. Visitamos muchos lugares en Sevilla y Córdoba. Le encantaba jugar al ajedrez y jugamos varias partidas los días que estuvo aquí. Siempre me ganaba. ¿Tú sabes jugar al ajedrez? Estoy seguro de que él te enseñó y juegas muy bien. Cuéntame, ¿cómo estáis tu madre y tú? ¿Desde dónde me llamas?

–Yo también jugaba con él al ajedrez, todos los días. Estoy con mi madre, en Alepo.

–¿En Alepo? ¿No vivíais en Homs?

–Tuvimos que salir de allí. Mi padre participó muy activamente en los inicios de las manifestaciones contra el régimen. Llegó a destacarse demasiado, lo detuvieron, se lo llevaron a Damasco, estuvo en la cárcel, consiguió escapar y salir de Siria. Mi madre y yo nos quedamos en Homs, pero al poco tiempo la ciudad fue destrozada. Los bombardeos eran continuos, empezaban a las seis de la mañana y seguían hasta por la noche. Así un día tras otro, sin interrupción.

–Claro, se dirigieron a Alepo, como hicieron otros muchos –me explica María–. Miles de desplazados internos. Yo seguía el conflicto de cerca en esa época. Estuve en la zona. Los rebeldes nos ayudaban a los periodistas a entrar, tenían esperanza de que con nuestros reportajes el mundo tomara conciencia e hiciera algo. Poco a poco se fueron dando cuenta de que nadie estaba dispuesto a involucrarse, y menos aún la timorata Europa, preocupada por la crisis económica.

–Mis padres participaban en todas las manifestaciones del barrio donde vivíamos, el barrio de Al-Jaldiye. Yo tenía quince años entonces. Cada viernes era una fiesta. Íbamos las familias enteras, cantábamos, recuerdo la ilusión en las caras de todos. Me encanta el fútbol, y me impresionaba ver por allí a Al-Sarut, el portero de la selección, animándonos. Pero el ambiente se fue haciendo cada vez más tenso. La policía empezó con botes de humo pero terminó usando balas de verdad, y llegaron los primeros muertos. En una de las manifestaciones se llevaron a mi padre. Aquel día yo llevaba orgulloso una camiseta como la de Al-Sarut. Recuerdo que pasamos por el lado de la gran mezquita. Nunca había visto tanta gente allí. Continuamos hasta la plaza del reloj. Allí escuchamos los primeros disparos. La gente empezó a correr como loca. Yo pude seguir agarrado de la mano de mi madre, pero perdí la de mi padre. Vi a lo lejos como se enfrentaba a unos policías, que empezaron a pegarle. Mi madre tiraba de mí

en la dirección opuesta. Conseguimos desaparecer por un callejón. Esa fue la última vez que lo vi. Ese día se abrió una herida en mi corazón que aún está abierta. Fue en 2012, yo acababa de cumplir 15 años. Han pasado casi cuatro años y ahora mismo no sé si está vivo o muerto.

—La vida en Homs se hizo insostenible por aquel entonces —aclara María—. Al principio se trataba sólo de muertos aislados, pero poco a poco fueron llegando auténticas matanzas de civiles, incluidos mujeres y niños.

—El miedo se apoderó de nosotros tras una masacre en la que hubo más de trescientos muertos, unos meses después de la desaparición de mi padre. Cuando los soldados del régimen entraron finalmente, lo arrasaron todo, asesinaron a familias enteras. Mi madre y yo no tuvimos más remedio que salir huyendo. Si hubieran llegado a identificarnos, nos habrían detenido o matado por ser nuestro padre quien era. Nos pusimos de acuerdo con una familia de amigos, un matrimonio con dos hijos de mi edad, para ir juntos hacia Alepo, donde nos dijeron que había muchos desplazados provenientes de Homs.

—¿Cómo fuisteis? ¿Hay mucha distancia?

—Son unos doscientos kilómetros. Tardamos varias semanas en llegar. Algunos tramos los hicimos andando, otros en coche o camioneta. Yo sentía una tristeza infinita al abandonar a mis abuelos, a mis tíos, a mis amigos, y de forma muy especial a nuestro perro Amín, que había llegado a la familia dos años antes que yo. Yo lo quería casi como a un hermano, y mi padre también se desvivía por él. Amín se quedó desconsolado desde que mi padre desapareció de la noche a la mañana, y todas las noches lloraba delante de su habitación a la hora a la que solía sacarlo de paseo. Imagino que cuando al poco tiempo nos marchamos nosotros también, se quedaría aún más triste. Pero mi madre insistía en que no había más remedio que marcharse, y tenía razón, porque

si no lo hacíamos terminarían dando con nosotros. Mi abuelos decían que por nada del mundo se irían de su casa, que morirían allí si era necesario. Y allí se quedaron y murieron al poco tiempo, en un hospital que fue bombardeado. Mis tíos y primos también decidieron quedarse en un principio, aunque al final también se marcharon. Sé que algunos acabaron en el Líbano. De Amín ya no volví a saber nada más.

–Homs pasó de tener casi un millón de habitantes antes de la guerra a unos trescientos mil –apunta María–. La ciudad fue devastada, el régimen se encarnizó con ella. Había que salir de aquella ratonera.

–Sentí mucho miedo durante aquellas semanas de camino. Con el mínimo de equipaje nos montamos los seis en un destartado coche de tres ruedas que tenía esta familia, con el que conseguimos llegar hasta Hama, a unos cincuenta kilómetros hacia el norte, conduciendo entre proyectiles y misiles. Hama estaba totalmente destruida, como Homs. Allí se nos estropeó el coche y tuvimos que pasar la noche en una casa abandonada al lado de la carretera. Al día siguiente, por la mañana, pasó por allí un camión cargado con familias que viajaban de pie en la parte de atrás. Se dirigían al norte de Idlib, al campo de refugiados de Atmeh. Se apiadaron de nosotros y nos hicieron un hueco. Ese fue el trayecto más peligroso, porque estaba en pleno frente de combate, y había francotiradores operando en la carretera. Menos mal que el conductor conocía bien la zona y los caminos de tierra para evitar los enclaves más peligrosos. Llegamos a Maarat an-Numan, que estaba arrasada, toda llena de cráteres y escombros. La ciudad estaba tomada por las fuerzas rebeldes y por los de Al-Nusra, los yihadistas. En aquel momento todavía se llevaban bien, aunque vigilándose unos a otros. Nos pararon en un control y nos dijeron que nos escoltarían hasta que atravesásemos la ciudad, pero antes tuvimos que pasar por el lugar donde tenían su cuartel general: el Museo de Mosaicos de la ciudad. Yo

había estado allí con mi padre hacía unos años. Era su museo preferido. Fue donde decidí que de mayor quería ser arqueólogo. Recuerdo las salas plagadas de mosaicos con aves de todo tipo, leones, cebras, ciervos, rinocerontes, palomas, pavos reales, hipopótamos, ovejas y animales fantásticos como unicornios. Yo pasaba luego largas horas reproduciendo aquellos dibujos usando las fotos de mi padre. Ahora estaba todo lleno de cajas, latas y bidones, columnas y capiteles por el suelo y las paredes agujereadas por metralla. Creo que en ese momento me di cuenta del alcance de la destrucción de mi país. Hasta ese momento lo había mirado todo con los ojos de un niño y creía que todo era algo pasajero. Pero allí fui consciente de que el horror estaba por todas partes, no sólo en Homs. Después de unas horas allí nos dieron el visto bueno y nos escoltaron hasta la salida de la ciudad por el norte. Continuamos por la carretera que lleva hasta Tell Mardikh. Allí volví a sentir una enorme nostalgia al recordar a mi padre, pues divisé a lo lejos las ruinas del antiguo reino de Ebla, donde también me llevó en su día. Todo había sido bombardeado.

—Dios mío, esas ruinas eran impresionantes. Ahí se descubrió un palacio con miles de tablillas cuneiformes escritas en sumerio, de 2000 años antes de Cristo. Toda esa zona era el paraíso para un niño que quisiera ser arqueólogo —dice María, comprendiendo la desolación que debía sentir Hamza al pasar por allí.

—Llegamos a Saraquib, que justo entonces estaba siendo bombardeado. Estuvimos durante dos días en varios refugios subterráneos hasta que pasó lo peor. Ahí nos separamos del grupo de desplazados con el que veníamos desde Hama. Ellos se dirigían al campo de refugiados de Atmeh, más al noroeste, y nosotros queríamos llegar a Alepo. En los refugios conocimos a una familia que venía de Homs y que también se dirigía a Alepo. Nos hicieron sitio en su camioneta y así pudimos llegar al barrio de Al-Shaar, donde había muchas otras familias procedentes de Homs. Allí volví a



sentirme protegido, con gente que me resultaba familiar y con un lugar donde dormir. Aquello también estaba en estado de guerra, pero allí sería mucho más difícil localizarnos, decía mi madre.

El barrio había sido tomado por los rebeldes, todo el mundo allí estaba en contra del régimen. Había bombardeos y tiroteos constantes, pero aprendimos a vivir con ello. Nos instalamos en un pequeño piso con la familia con la que veníamos desde Homs.

—Alepo se convirtió en el campo de batalla más importante para dirimir el curso de la guerra. El barrio de Al-Shaar está al este, en zona rebelde —dice María.

—Volvimos a tener noticias de mi padre unos meses más tarde. Fue la mayor alegría que pudimos recibir. Un día de aquel verano mi madre acababa de tender la ropa en la azotea del bloque de pisos donde estábamos alojados. Bajó gritando, llena de alegría, casi se cae por la escalera. Hamza, Hamza, papá, es papá. No podíamos contener las lágrimas, llorábamos más alto que su voz, no le escuchábamos. Por fin nos calmamos. Nos llamaba desde El Cairo. Había conseguido llegar a Egipto. Después de aquello, volvimos a perder el contacto otra vez. La última vez que supimos de él estaba en Turquía. Nos dijo que intentaría cruzar a Grecia. Tengo contactos en Europa, nos decía, profesores amigos, alguno podrá echarme una mano. Y eso fue lo último que supimos de él.